

*Homilía de D. Juan Carlos Fernández de Simón
Soriano, Vicepostulador de la Causa de Canonización
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,
en el 6º aniversario de su fallecimiento
03 - 08 - 2010*

*Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo.
Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor (Rm 14, 7-8a)*

Queridos hermanos sacerdotes, querida comunidad de monjas concepcionistas, estimados hermanos y hermanas:

1. Se cumplen ya seis años de la muerte de Madre Mercedes de Jesús, Abadesa que fue de este Monasterio Concepcionista de Alcázar de San Juan. Con este motivo nos hemos reunido en esta tarde, en la iglesia de este Monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz, un considerable grupo de personas para celebrar en este aniversario la Eucaristía – acción de gracias al Padre, por su Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo – por la vida y la muerte de Madre Mercedes de Jesús, que se consagró, desde su vocación monástica, por completo al Señor. Muchos sois testigos de esto porque tuvisteis la oportunidad de conocerla personalmente y tratar con ella, dejando en vosotros esta relación una huella indeleble. Otros, que no tuvimos esa ocasión, nos hemos sentido atraídos por su figura, gracias al testimonio constante que de ella nos ofrecen sus hijas concepcionistas, y también a la profunda personalidad espiritual que se refleja en sus escritos.

San Pablo nos ha dejado estas palabras iluminadoras que hemos escuchado hace unos momentos en la Liturgia de la Palabra: *Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos (Rm 14, 7-9)*. ¿Qué quiere decir con estas palabras el Apóstol? Que, después de Cristo, la máxima contradicción ya no es la que existe entre el vivir y el morir, si no la que existe entre el vivir para uno mismo y el vivir para el Señor. Si uno vive para el Señor, muerte y vida aparecen sólo como dos modos distintos de ser con él.

2. Si nos fijamos en la biografía de Madre Mercedes de Jesús, que se ha elaborado para acompañar a la petición de la apertura de la causa, podemos percibir cómo, tanto en su vida como en su muerte, se cumplía esta palabra de san Pablo: *en la vida y en la muerte somos del Señor (Rm 14, 8b)*. Y es que la experiencia espiritual nos dice que cuando Dios encuentra un alma decidida a entregársele, entonces él toma en sus manos esa vida como se toma el timón de una barca, o como se toman las riendas de un carro. Él se convierte en verdad, y no sólo en teoría, en el “Señor”, es decir, aquel que “sostiene”, que “gobierna”, determinando, se puede decir, momento por momento, los gestos, las palabras de aquella persona, su modo de emplear el tiempo, en una palabra, toda su vida.

Madre Mercedes de Jesús fue comprendiendo, desde los primeros días en su vida monástica, que la santidad es el ambiente de Dios y que en él tenía que desenvolver su vida si quería mantener su amistad con Él. Y esto sólo lo conseguiría con una fidelidad exquisita a sus gracias, con una pureza de corazón total y un despego absoluto de todo vicio e imperfección. Ella no se permitió pasar por alto nada que decreciese su entrega al Señor en los más mínimos detalles. Su respuesta día a día al Señor fue una maduración que incluyó los defectos. El Sacramento de la reconciliación fue una de las ayudas más fuertes y eficaces que tuvo para purificarse, impulsada por sus deseos ardientes de santidad.

Madre Mercedes, como alma que llevaba grabada a fuego a la Virgen Inmaculada en su corazón, buscaba en todo lo que hacía situarse en la verdad, en Dios. Se sentía llamada a imitar la pureza de María, la “tota pulchra”, porque entendía que era el supremo valor en su vida, luchando para conseguirlo.

A pesar de tantas gracias recibidas, el Señor quiso purificarla permitiendo en su vida fuertes tentaciones y sufrimientos. La experiencia espiritual nos asegura también que cuando una persona quiere darse por entero a Cristo, el camino no es fácil; hay que pasar grandes penalidades y someterse a enormes pruebas para ir venciendo al que se opone a que nos entreguemos al Señor. Ella supo salir de la mano de su Señor vencedora en el combate, porque estaba convencida que su vida era de Dios y para Dios. Pero todo esto le fue desgastando físicamente. Los sufrimientos que tuvo que padecer por conseguir la “vuelta a las fuentes” de la Orden, su espíritu de penitencia y sacrificio resquebrajaron su salud.

Su enfermedad, con el paso del tiempo, se fue haciendo más intensa, sufriendola con una ejemplar paciencia y quitando siempre importancia a sus padecimientos; éstos los unía a los dolores redentores de la Pasión de Cristo para la salvación de todos los hombres, para atraer a la humanidad al conocimiento y amor del Padre y por el aumento de vocaciones.

De esta manera se manifestó también en su muerte que Madre Mercedes de Jesús era para el Señor. Su muerte fue el reflejo de su vida. La muerte del cristiano es la posibilidad más certera de encontrar a Dios, de unirse a Dios, nos lo señala San Pablo como doctrina segura: Si morimos con él, viviremos con él (2 Tim 2, 11). Éste fue el anhelo más vivo de Madre Mercedes de Jesús, por eso, la muerte se convirtió para ella en una superación de los obstáculos que le impedía el encuentro definitivo con Dios.

Jesús repite a cada discípulo aquello que hemos escuchado en el Evangelio que dijo a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?” (Jn 11, 25) Dichosos aquéllos que creen poder responder, por gracia de Dios, y desde lo profundo de su corazón: Sí, Señor, yo creo. La muerte, pues, para el cristiano ya no es un muro ante el cual todo se rompe, sino que se ha convertido en una puerta, un paso, una Pascua.

3. Alcanzar el cielo es alcanzar la santidad. Y la santidad no es algo que nosotros tengamos que ver como un mérito nuestro, es decir, de los que nos vemos beneficiados por las gracias constantes del Señor. Aquellos que son tocados por la gracia lo que sucede es que han sido dóciles a Dios y la santidad, por tanto, no es otra cosa que la obra de Dios en el cristiano que se deja hacer por el Señor. Por eso, entre las Monjas Concepcionistas que convivieron con Madre Mercedes de Jesús en este Monasterio y entre los fieles que la

conocieron, surgió, ya durante su vida, la opinión acerca de la pureza e integridad de vida de Madre Mercedes y acerca de que ésta practicó las virtudes en grado heroico, surgiendo así la fama de santidad que se difundió y sigue difundándose cada día más después de su muerte el 3 de agosto de 2004.

Como decíamos en la carta de petición al Obispo para la apertura de la Causa de Canonización: “El amor de Madre Mercedes a Dios y a María Inmaculada, a quienes consagró su existencia; su vida de oración e inmolación por atraer a todos los hombres al conocimiento y amor del padre y acercarlos al pensamiento creador de Dios sobre ellos y su destino a la santidad; sus virtudes heroicas, su caridad siempre solícita por ayudar y confortar a cuantos acudían a ella en busca de consuelo espiritual, su vida pacificada, su humildad y mansedumbre son ejemplo para sus hijas y para las personas que la conocieron.

Contemplando que la canonización de la Madre Mercedes de Jesús Egido Izquierdo contribuiría a mantener vivo el valor de la vida consagrada y serviría de ejemplo y estímulo a muchos jóvenes, que buscan uniformemente dar sentido a sus vidas, la Comunidad de Monjas Concepcionistas de este Monasterio ha decidido convertirse en parte actora de la causa, iniciándose desde el pasado septiembre de 2009 la preparación de todos los elementos preliminares necesarios para la apertura del proceso, encontrándose ahora en la fase de espera de la respuesta de la no existencia de obstáculo por parte de la Congregación para la Causa de los Santos de la Santa Sede.

4. Queridos hermanos y hermanas: Demos gracias a Dios por Madre Mercedes de Jesús, por haber escuchado la llamada de Dios a la vía austera y exigente de la consagración religiosa en este Monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz, por haber dado testimonio de la verdad del Evangelio, por haber practicado siempre y todos los días aquel “sí” dado con ocasión de su profesión religiosa, ese “sí” pronunciado nunca retirado, ofuscado o contradicho. Y damos gracias por el único medio que podemos hacerlo ahora: la oración de sufragio.

Y bendigamos a Dios que ha dado a la Orden de la Inmaculada Concepción, a esta Iglesia diocesana de Ciudad Real, una religiosa como Madre Mercedes de Jesús. Bendito sea Dios que ha dado a su Iglesia el camino de la vida consagrada monástica, un camino capaz de heroísmos y generosidad en la forma más escondida y callada, pero no por ello menos eficaz con vistas al Reino de Dios y al bien de la sociedad. Amén.

D. Juan Carlos Fernández de Simón Soriano, Pbro.
Viceministro de la Causa de Canonización de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús